



## El simbolismo y modernismo en la música ecuatoriana

Carolina Navas Guzmán  
Jefa de Museología Educativa  
Museo de la Ciudad

Las primeras décadas del siglo XX trajeron fuertes cambios para la humanidad, el período entreguerras, la industrialización, las crisis económicas y la migración hacia las grandes ciudades. Poetas, artistas y filósofos advirtieron sobre la pérdida de identidad y decadencia de la humanidad. En el caso latinoamericano, la búsqueda de identidad por parte de sus artistas, supuso un doble juego: legitimar su obra en la escena internacional inscrita en las formas de hacer arte aceptadas en las academias europeas, y crear un “arte nacional” que recogiera las expresiones locales: indígenas y héroes de la independencia.

El término simbolismo proviene de la literatura y estuvo relacionado con los postulados propuestos por Charles Baudelaire y otros

precursores como Arthur Rimbaud y Paul Verlaine, muy leídos en Ecuador. En términos artísticos y visuales, surgió hacia 1880 en Francia y en poco tiempo se extendió por el continente europeo. Fue una respuesta al desencanto sentido, a fines del siglo XIX, por el avance de una sociedad que ensalzaba la actividad productiva, comercial y el modelo científico. Artistas y escritores buscaron nuevos valores basados en lo espiritual, en los símbolos e ideas de una realidad “más elevada”.

Uno de los pensadores más influyentes del modernismo en América Latina fue José Enrique Rodó con su obra Ariel (1900), quien delineó un programa para la cultura latinoamericana del siglo XX, en la que debían desarrollarse valores espirituales propios de la “raza latina”. Desde una visión elitista, una minoría selecta debía guiar a la sociedad. Así, promovió la reivindicación del pasado, particularmente el hispánico, frente a la fuerte presencia estadounidense en América y el mundo. Desde una mirada

colonial, en el arte y sus expresiones se representaron indígenas en poses clásicas, inspiradas en imágenes folklóricas, escenas que estaban muy lejos de la denuncia social que vendría tiempo después.

El simbolismo llegó al Ecuador a principio del siglo XX, mediante el contacto de artistas y escritores ecuatorianos con el medio europeo. La temática simbolista, importada directamente de Francia, supuso un importante aporte a las diferentes propuestas artísticas que se trataban en ese momento. Este movimiento fue especialmente importante dentro de los círculos poéticos.

En el ámbito literario ecuatoriano se debe destacar la acción del grupo de escritores modernistas. Esta generación fue bautizada, posteriormente, como Generación decapitada ya que todos los integrantes fallecieron a temprana edad y trágicamente. A este movimiento pertenecieron cuatro de los escritores más importantes del panorama literario ecuatoriano: Medardo Ángel Silva, Arturo Borja, Ernesto Noboa Caamaño y Humberto Fierro.

Los autores de la Generación Decapitada recibieron influencia de importantes literatos del ámbito sudamericano, como Rubén Darío y Amado Nervo, y del escritor europeo, Víctor Hugo. Dentro de su composición se encuentra la rima y los ritmos inusuales. En cuanto a la expresión poética, varios escritores modernistas inventaron un mundo de fantasía, de forma que se refugiaban en su universo poético. La producción literaria de la Generación Decapitada fue muy abundante.



Medardo Ángel Silva

Otro hecho que marcó el inicio del siglo XX en Quito y el país, fue la llegada de innovaciones tecnológicas como la grabación en discos, la radiodifusión, la invención del telégrafo, entre otros. En Latinoamérica el nacionalismo musical empezó a cobrar fuerza en las primeras décadas del siglo, con la incorporación de materiales sonoros provenientes de las tradiciones musicales locales o regionales, además de los nexos establecidos con Europa a través de la naciente burguesía. Durante este periodo se impulsaron los géneros tradicionales ecuatorianos como el pasillo, que desciende directamente del vals vienés y del bolero español.

En un inicio, estos estilos musicales importados de Europa, fueron considerados como música para la "clase alta", los que se fusionaron con manifestaciones locales gracias a la intervención de las bandas

populares, estudiantinas y otras agrupaciones musicales como los solistas, dúos y tríos. Sus coreografías se aceleraron de tal forma que marcaron una variación del ritmo musical. De esta forma el pasillo se convirtió, en el Ecuador, en uno de los géneros musicales por excelencia, junto a otros como el Alza que te han visto, Cañirico y Costillar.

En ese proceso de transformación el pasillo fue vinculado a lo popular. La poesía de autores como Medardo Ángel Silva fue musicalizada y convertida en famosas piezas de la música ecuatoriana. Paulatinamente el pasillo ecuatoriano dejó de ser un género musical con tintes festivos, tocado y bailado en los salones para volverse un ritmo melancólico que reflejaba en sus letras, sentimientos de añoranza, pérdida, soledad y nostalgia por el amor no correspondido. Otro de los temas que se desarrollaron en este género musical son los relacionados con el amor y la belleza de la mujer, contenidos que se enlazaban con la literatura simbolista ecuatoriana.

Uno de los pasillos icónicos del Ecuador, es Alma en los labios cuya letra es del poeta guayaquileño Medardo Ángel Silva. Los versos están escritos en catorce sílabas, conocidos como alejandrinos. Este tipo de verso fue muy usado en la poesía simbolista francesa y tuvo resonancia en las obras de Rubén Darío y en América Latina. El poeta guayaquileño escribió este poema en 1919 y lo dedicó a una joven que no correspondía su amor, su nombre era Rosa Amada Villegas. Se conoce que el poeta frecuentaba la casa de la familia Villegas en la ciudad de Guayaquil y

pretendía a la muchacha, mucho menor a él. Sin embargo, ella no aceptó sus invitaciones o visitas.

El poema original tiene fecha de 8 de junio de 1919 y fue entregado personalmente a Rosa Amada, después el poema apareció publicado en El Telégrafo. Meses más tarde, el músico José Alberto Valdivieso Alvarado le puso música al poema, con ritmo de pasillo colombiano. En 1932, Francisco Paredes Herrera cambió la música inicial y le dio el ritmo que hoy conocemos. Después de la muerte del poeta, Nicasio Safadi puso a música a otros poemas de Silva como, Lo tardío, Palabras de otoño, Retorno y otros.

---

**Referencia bibliográfica:**

Alma mía, simbolismo en el Ecuador 1900 – 1930. Fundación Museos de la Ciudad. Museo de la Ciudad. Quito, 2014.

Jurado Noboa Fernando. Rincones que cantan, una geografía musical de Quito. Fondo de Salvamento del Patrimonio Cultural de Quito. TRAMA. Quito, 2006.